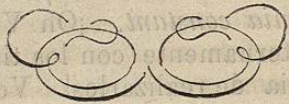


cion y el amor de todo lo que hay mas puro; así tambien dais al génio del arte la intuicion y el amor de todo lo que hay mas bello. Sí, yo lo creo, *credo*; así como Vos sois el motor divino del progreso filosófico, moral, social, científico y económico, sois tambien el motor del mundo y del progreso artístico; y el arte tambien grita por todas partes, por la voz de las obras maestras que coronan vuestra frente divina, lo que esta predicacion grita desde hace quince años en este recinto: *¡El Progreso por el Cristianismo!*



## CONFERENCIA SEGUNDA.

### Fin del Arte y vocacion del Artista.

Monseñor, (1)

HEMOS emprendido mostrar este año el *Progreso por el Cristianismo* bajo el punto de vista artístico, y hemos procurado establecer, desde el principio de nuestra carrera, como la antorcha que debe alumbrarla toda, la verdadera nocion del Arte. Expresion de la belleza ideal bajo una forma creada, el arte tiene por objeto directo é inmediato lo *bello*, es decir, el esplendor del orden; y considerado en sí mismo, en su acto propio y constitutivo, el arte nos ha sido revelado como una *creacion*; creacion humana hecha á la semejanza de las creaciones divinas. Tal es verdaderamente la esencia del arte y el honor del artista; el hombre por su potencia finita creando la belleza ó la forma armoniosa de las cosas, mirando su ideal, así como Dios, por su potencia, crea juntamente su sustancia y su forma, mirando el ideal eterno que contempla en su Verbo, y que es su Verbo mismo. Privilegio singular que hace

(1) Monseñor Darboy, Arzobispo de Paris.



del artista propiamente dicho un hombre aparte, y de todos los verdaderos escogidos del arte una legion selecta; legion brillante y poderosa á la vez en que cada uno vale segun la medida de su potencia de crear, y brilla por la gloria y el esplendor de sus obras.

Despues de haber respondido á esta cuestion preliminar: ¿qué cosa es el arte? ¿cuál es la verdadera nocion del arte?, debemos responder á esta otra cuestion que suscita necesariamente la primera: ¿para qué es el arte? ¿cuál es el fin y el destino del arte? En otros términos: ¿cuál es en la humanidad la verdadera vocacion y la función providencial del artista? Todo privilegio impone deberes; toda nobleza obliga; toda aristocracia compromete. Es, pues, bien sencillo el que despues de haber establecido, con la verdadera nocion del arte, la dignidad del artista, investiguemos hoy su ministerio, determinando el fin que debe alcanzar y el destino que le toca llenar en la obra general del verdadero progreso del mundo. Se trata esta vez, no ya únicamente del objeto propio é inmediato del arte, que es crear lo bello; se trata de un fin superior á él mismo; se trata de saber lo que todo artista, Cristiano ó no, debe proponerse en esta creacion de la belleza que es su acto y su objeto propio.

Aquí, Señores, encontramos delante de nosotros esa grande aberracion artística que, no ha mucho, había mas ó ménos invadido el dominio del arte; aberracion radical que se expresaba en esta fórmula verdaderamente impertinente: *el arte para el arte*. El arte para el arte, es decir, el arte para sí mismo, es filosófica y estéticamente el absurdo en primera línea; y no haré á esta vana fórmula el honor de llevar el peso de un discurso y de llamar por una hora la atencion de esta grande asamblea. Nada hay en la creacion que sea por sí ó para sí. ¿Por acaso

el sol es para el sol? ¿Es el rio para el rio? ¿Es la flor para la flor? ¿Por ventura el hombre mismo es para el hombre? No: la flor, y el rio, y el sol, y el hombre, así como la creacion entera, son para la mayor gloria de Dios: *ad majorem Dei gloriam*. Esto supuesto, ¿por qué había de ser el arte para el arte? El arte, como todo lo demas, es para un fin superior á sí mismo. El cielo del arte, como el cielo de la naturaleza, tiene por fin último narrar la gloria de Dios, *caeli enarrant gloriam Dei*. Y aun antes de tocar á este fin absolutamente supremo, el arte tiene un fin mas cercano á él; tiene un ministerio social ante la humanidad, y este fin y este ministerio es lo que quiero mostraros en esta conferencia.

El ministerio del arte, Señores, su gran funcion social es perfeccionar la vida humana acercándola á su ideal, que es Dios mismo. Sí: elevar á los hombres atrayéndolos hácia las alturas, imprimir á la humanidad, por un movimiento de abajo arriba, una direccion ascensional y una marcha progresiva: ¡artistas que me escuchais! no lo olvideis jamás, hé aquí vuestra vocacion sublime, vuestro ministerio verdaderamente régio. La humanidad para quien trabajais, sea cual fuere su grandeza y su progreso, necesita siempre que la eduquen, porque su educacion no es jamás completa. A vosotros toca tomar vuestra parte generosa en este glorioso ministerio; á vosotros toca el ser, con otros muchos que cooperan á la misma obra, los brillantes educadores de esta humanidad que tiene la vocacion de subir siempre y de no descender jamás: á vosotros toca, en una palabra, *elevar* las generaciones que os admiran, arrastrándolas con vosotros mismos en el sentido de su verdadero destino.

Para establecer esta vocacion de los artistas, no recurriré á consideraciones extrañas al asunto; la mostraré saliendo del arte mismo, de la naturaleza



del arte, del génio del arte, de la potencia del arte.

Las cosas creadas llevan en su naturaleza misma la señal de la vocacion que les ha marcado el Creador; en la naturaleza del arte, por tanto, tal como la hemos definido y mostrado en nuestra primera conferencia, es en donde quiero buscar el primer signo revelador de esta noble vocacion de Dios marcada al artista: *eleva* la humanidad. Subir y atraer á lo alto es la naturaleza y la esencia misma del arte. El artista nació para elevar, como el ave para volar, como el líquido para fluir, como el viento para soplar, como la llama para brillar, como la savia para florecer, como el pecho para respirar, como la inteligencia para pensar. Esta funcion es de tal manera inherente á la naturaleza del arte que el artista no puede abdicarla, no solamente sin faltar á la vocacion que deserta y traiciona, pero aun sin delinquir contra el arte mismo que deshonra y aniquila. Todos los espíritus grandes y nobles dan á este destino del arte su sufragio unánime, y cual nosotros, hacen emanar esta vocacion del artista de la naturaleza y de la esencia misma del arte. Pueden variar acerca de los medios para alcanzar el fin, pero están de acuerdo sobre la evidencia y la necesidad del fin. "El arte, dice un autor célebre de los últimos tiempos, auxilia y favorece los esfuerzos del hombre para elevarse á su fin, es decir, hácia el infinito; su fin es levantarle de la tierra é imprimirle un movimiento de ascension." No ha mucho, en el lugar mas elevado de la literatura francesa, uno de los cuarenta de la Academia pronunciaba estas palabras, dignas de hallar un eco de simpatía en la predicacion cristiana: "Es un error el creer que para ponerse al alcance de

la multitud, el arte esté obligado á descender: no tiene mas que llamarla á lo alto para que suba con él." En efecto; no se trabaja en el arte para bajar de las alturas é ir á buscar á la muchedumbre donde esta se encuentra, poniéndose á nivel suyo; se trabaja en el arte para llamar á la multitud hácia las cumbres en que uno mismo habita; se trabaja en el arte para encender á los ojos de las turbas antorchas que las alumbren y les muestren con sus reflejos los caminos ascendentes del porvenir y del progreso. José de Maistre decía en su lenguaje original: "En un concierto, cuando la tónica baja, todo baja;" y recíprocamente cuando la tónica sube, todo sube. Que los artistas, los literatos, los poetas, escuchen esta verdad que les es tan gloriosa, si saben comprenderla y practicarla. A ellos mas que á nadie toca el dar la tónica y la dominante del gran concierto de las almas, á ellos toca subir para elevarlas consigo mismos.

Este fin superior á sí mismo que se debe proponer el arte, no escapaba á los paganos ilustres que aplicaron á la teoría del arte una parte de su grande ingenio. Aunque eran paganos no pensaban que el arte debiese limitarse á mover, aun honestamente, la fibra de la sensibilidad humana, ó á no ser para la humanidad mas que una simple diversion. Reconocían al arte una vocacion mas régia: querían que elevase y engrandeciese el alma humana. Aristóteles buscaba en él un medio de purificacion y de elevacion. Hé aquí porqué anhelaba porque se representase en el arte mas bien el tipo ideal de los hombres y de las cosas que su realidad trivial, y que se ofreciese á las miradas mucho menos el hombre tal como es en la realidad vulgar de su vida, que el hombre tal como debe ser conforme á su tipo ideal. Platon abusó de esta idea proscribiendo del arte todo lo que no ofrece el dechado de la perfeccion consumada.



da y de la belleza acabada, bajo el doble punto de vista físico y moral. Era la exageracion de una verdad, á saber que el arte, la escultura, la pintura, la arquitectura, la música, el drama, teniendo por mision elevar y engrandecer, deben presentar á la admiracion lo que hay mas grande y lo que hay mas elevado.

Y á la verdad, Señores, si había paganos que llevasen tan alto el ministerio del artista, ¿qué no podremos exigir nosotros, apóstoles de Jesucristo? No es menester que yo haga notar lo que el Cristianismo pide aquí al artista ante Dios y ante la humanidad. Si llama á lo alto lo que hay mas ínfimo, con mucha mayor razon llama á lo alto esa cosa esencialmente ascendiente, cuya naturaleza es subir siempre. Y si el Cristo, motor universal de todos nuestros progresos, grita á los mismos economistas, poniendo su ciencia y su industria al servicio de nuestras necesidades materiales: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demas se os dará por añadidura," ¿qué no dirá á los artistas, cuya funcion es responder á nuestras necesidades mas generosas y mas elevadas? ¡Ah! Me parece oírlo gritar desde lo alto del cielo á esta raza escogida: Buscad primero la gloria de Dios y la grandeza de la humanidad, y las obras maestras nacerán por sí mismas al soplo de esta ambicion dos veces sublime, y la grandeza de la humanidad y la gloria de Dios buscadas por vuestro génio, se reflejarán en la grandeza y la gloria de nuestras mismas obras.

Pero, Señores, entremos un poco en lo íntimo de las cosas y veremos mejor cómo la naturaleza y la esencia misma del arte le imponen esta vocacion gloriosa: elevar á los hombres. Aquí, sin volver atrás, podemos apoyarnos en la base sentada en la primera conferencia y aceptar nuestro punto de partida para marchar adelante.

Segun lo que se ha dicho acerca de la esencia y la naturaleza de la obra artística, el arte, sea cual fuere, exige esencialmente del artista estas tres cosas conexas: la contemplacion, el amor y la expresion de la belleza ideal; una mirada para verla, un corazon para amarla, una mano para expresarla. Tales son los tres elementos ó, si quereis, las tres potencias que concurren simultáneamente á la creacion de la obra de arte, y todas tres atestiguan en el arte la funcion y en el artista la obligacion de *elevar*.

Sí, Señores, el primer acto de toda creacion artística es una mirada lanzada sobre el ideal mismo de la belleza; es la contemplacion, en algun modo intuitiva, de esta belleza infinita que reluce sobre el génio del hombre desde las profundidades de Dios. Sin este ojo abierto para mirar el ideal, ya lo hemos dicho, no hay verdadero artista. ¡Hombres que llevais con honor ese grande nombre de artista! Ved ahí vuestra actitud natural; y os conviene guardarla y comprender el ministerio que os impone. A vosotros, aun mas que á la humanidad en general ha dado Dios una frente sublime, un rostro que mira al cielo. En pié sobre las mas elevadas cumbres de la vida humana, es menester que contempleis sin cesar, mas alto que toda beldad y toda grandeza finita, el ideal de la infinita belleza y del infinito grandor; y seducidos los primeros por este encanto de la hermosura y de la grandeza infinitas, debeis tomar nuestro pensamiento sobre las alas de vuestro pensamiento, y llevarnos con vosotros, como hace el águila con sus pequeñuelos, hácia esas regiones etéreas y puras, á donde el ideal os atrae por su propia atraccion. Por vosotros y con vosotros, tambien el alma del pueblo debe mirar y ver en ese mundo superior que se descubre á vuestros ojos. Porque el principio de su grandeza es la contemplacion de todo lo que es grande y de todo lo que es bello; y sus con-



templaciones preparan sus ascensiones; son por lo menos su primera condicion.

Así, pues, ¡artistas mis hermanos! empezad por arrancar nuestros ojos con los vuestros de las realidades tenebrosas y triviales; hacednos mirar con vosotros ese mundo de luz sin sombra y de belleza sin mancha. Y aun cuando pinteis á nuestros ojos la realidad palpable, ¡oh! mostradnos, remontándose sobre ella, la idea que hace ver mas alto y mirar mas lejos. Sí: haced que os gritemos: ¡A lo alto nuestros ojos con vuestros ojos! ¡Arriba nuestros corazones con vuestros corazones! ¡*Sursum corda, sursum corda!* Porque si habeis menester de una mirada para contemplar el ideal, el arte os dice tambien que os es necesario un corazon para amarlo; habeis menester de una contemplacion sublime de la belleza ideal, sí, pero es fuerza que esta contemplacion sea una contemplacion tierna, ardiente, arrebatada, entusiasmada. Es que, en efecto, para alcanzar vuestro objeto, no debeis únicamente elevar la mirada de las turbas con vuestra propia mirada hácia todo lo que hay mas grande, mas perfecto, mas divinamente bello; debeis sobre todo elevar, juntamente con su corazon, sus afecciones y sus amores. Lo que, mas que ninguna otra cosa detiene á los individuos, á las familias y á los pueblos en su marcha ascensional, es la gravitacion de los corazones hácia las cosas ínfimas; y lo que precipita su marcha hácia los abismos de la degradacion es el abatimiento del corazon, es la caida de sus amores. Hé aquí porqué he puesto un día delante de vosotros, como el motor universal del progreso, el corazon de Jesucristo atrayendo á sí todos los corazones y arrastrándolos en el movimiento de ascension infinita que lo arrebató á él mismo. ¡Ah! Es que el corazon es el centro de la vida y que el amor es su peso, *pondus meum amor meus*. Adonde se inclina mi corazon se inclina mi vida entera, y por

dondequiera que voy, mi amor es quien me lleva, *quocumque feror amore feror*. Así pues, si quereis que la humanidad se eleve, haced que sus amores suban con su corazon: *sursum corda*. Elevad los corazones, elevad los corazones, os digo, y elevareis la humanidad entera. ¡Ah! Nuestros corazones se inclinan, se hunden bajo la presion de todos los sensualismos que los vientos de este siglo hacen pasar sobre nosotros. ¡Nos ahogamos en esta atmósfera espesísima! ¡No veis cómo por todas partes las cosas bajas, viles y algunas veces inmundas hacen inclinar nuestros corazones al par que nuestros ojos, y desarrollan en ellos de una manera que espanta, las tendencias bajas y groseras? ¿Quién vendrá á levantar nuestros afectos levantando nuestros corazones hácia las cosas sublimes? ¿Quién vendrá á arrancarnos de estas degradaciones del corazon y de estas decadencias del amor? ¿Quién nos hará amar lo puro, lo santo, lo bello, lo invisible, lo infinito, Dios mismo?... ¡Artistas! Con tal que querais, lo hareis vosotros. Esta es verdaderamente vuestra vocacion: sí; apasionaros noblemente, y hacer apasionar á las turbas con vosotros, de todo lo que hay mas grande, mas bello y mas divino: hé aquí lo que el arte mismo exige de vosotros, porque como lo diré mas detenidamente, no se llega á ser grande artista sin un amor sublime.

Juntamente con la contemplacion y el amor de la belleza ideal el arte os pide su expresion: y hé aquí, ante todas cosas, lo que nos muestra en la naturaleza misma del arte, esa funcion generosa del artista que designo con la palabra *elevare*; este trabajo de la expresion es en efecto un trabajo de elevacion; es un esfuerzo para subir. Expresar por medio de la energía del trabajo el ideal visto por el ojo y amado por el corazon, es como si dijerais, exprimir la materia, apretarla en su mano bajo su soplo y bajo el



peso de su génio, para hacer brotar de ella la claridad del espíritu. Trabajar, trabajar mas y mas para desprender de las tinieblas de lo falso el esplendor de lo verdadero; de las disonancias del mal las armonías del bien, y de las formas de lo feo la verdadera fisonomía de lo bello: decidme ¿no significa todo esto la misma cosa, es decir, una lucha generosa contra los descensos de la vida, un esfuerzo para subir y hacer subir consigo mismo las generaciones que contemplan, admiran y aplauden? Estas tres cosas que unen como en un mismo trabajo al filósofo, al santo y al artista, es decir, la verdad, el bien y la belleza, ¿no son como las tres faces del infinito irradiando sobre el alma humana? ¿Y quién no ve que hacer reflejar en una obra una de estas tres faces de Dios, es invitar á las almas á elevarse hasta Dios, y que así toda expresion del ideal es una llamada á buscar el infinito?

Sin duda que el artista en su vuelo hácia lo ideal no abandona enteramente lo real. Busca en la realidad misma reflejos de ese ideal que contempla, que ama y que quiere reproducir; reconoce, ama y admira en la naturaleza los vestigios de Dios. Porque mientras mas artista es uno, mas comprende y siente en la naturaleza la obra divina. Pero la gerarquía de las bellezas creadas que solicitan á la vez su mirada, su corazon y su mano, lo hace remontarse de la tierra al cielo, de la naturaleza á Dios, y de la belleza imperfecta á la beldad perfecta. Como los santos apasionados por el amor divino, si el artista echa una mirada á las bellezas de la tierra, es para percibir mejor la belleza del cielo; si toca á la materia, es para mejor transfigurarla en la claridad del espíritu; si pinta, esculpe y reproduce la belleza de los cuerpos, es para hacer brillar mejor á través de otros cuerpos la belleza de las almas; en una palabra, si representa las realidades colocadas aun en los gra-

dos mas ínfimos de la naturaleza, es para mejor mostrar por encima de todas, el ideal que centellea sobre ellas desde las profundidades del infinito, y por este medio hacer que se remonten con él las almas encadenadas por su génio y arrebatadas por la belleza de sus obras.

¿Comprendeís ahora, Señores, cómo el arte con estas tres cosas, la contemplacion, el amor y la expresion de la belleza ideal es esencialmente una elevacion, un vuelo, un arrebato hácia esta belleza infinita que contempla, que ama, y que se esfuerza por mostrar? ¡Ah! Es que esta belleza que expresa es la verdad que se muestra, es el bien que sonríe, es el orden que resplandece en la obra del artista; es un atractivo, un encanto, una seducción; un atractivo de lo invisible; un encanto del cielo; una seducción de lo divino: y el arte cediendo á este atractivo, y comunicando esta seducción santa, os aparece como el *sursum corda* de la humanidad. Es el *sursum corda* pintado sobre la tela, esculpido en el mármol, grabado en todas las obras maestras de arquitectura, y resonando en las obras maestras de la armonía. Sí; el artista, sea pintor ó arquitecto, escultor ó músico, si es fiel á su ley, dice y repite sin cesar, en sus obras llenar de la claridad de su ideal, el *sursum corda* de la humanidad ascendente: "A lo alto las miradas, á lo alto los amores, á lo alto todos los movimientos de la vida." Soy artista, y, fiel á mi vocacion, gravito hácia mi polo y busco mi estrella: soy artista; como tal, subo con todas mis potencias hácia todo lo que está en las alturas; arrebato en mi camino todas las almas nobles que sufren el rechazo de esta belleza que ha herido mi génio; y digo mostrando á todos alguna cosa de esta belleza que contemplo, que amo y que expreso en mis obras: ¡*Sursum corda!* . . . ¡Vamos á lo alto, vamos á lo infinito, vamos á Dios! ¡Ah! Es que mi arte es un apostolado,